

Oswaldo Dragún: un creador de sueños

Eduardo Rovner

El prólogo de las *Historias para ser contadas* comienza de esta manera:

¡Público de la Plaza, buenas noches!
Somos los nuevos comediantes,
actores que van de pueblo en pueblo,
que van de plaza en plaza,
¡pero siempre adelante!
Si es cierto que la vida de un hombre es una estrella
que dura apenas un minuto
en esta infinita trayectoria
que es un día del mundo,
convengamos que es también una historia,
una pequeña historia irrealizada
que termina a veces antes de ser empezada.
Una pequeña Historia para ser Contada.

Muchas veces, los dramaturgos, cuando dejamos que los personajes nos sorprendan con sus ideas y emociones, aprendemos de ellos qué es lo que realmente deseamos hacer en nuestra vida. Los primeros versos de *Historias para ser contadas* nos dicen, cuando Chacho tenía sólo 27 años, cual iba a ser su recorrido por este mundo. La de Oswaldo Dragún es una pequeña gran historia realizada para ser contada. El y sus obras anduvieron de pueblo en pueblo, de plaza en plaza, pero siempre adelante.

Nació en Entre Ríos, una provincia de la Mesopotamia, Argentina, en 1929 y llegó a Buenos Aires en 1945. En 1956 estrenó, en el Fray Mocho, uno de los primeros teatros independientes de Latinoamérica, *La peste viene de Melos* y, al año siguiente, *Historias para ser contadas* y *Tupac Amaru*. Autor también de *Y nos dijeron que éramos inmortales*, *Milagro en el mercado viejo*, *Amoretta*, *Heroica de Buenos Aires* y *Arriba corazón*, entre otras obras

célebres del teatro argentino, su paso por nuestro teatro no se limitó a la dramaturgia, sino que ha sido uno de los gestores de proyectos “utópicos” más importantes que hemos tenido. Quizás los más conocidos sean Teatro Abierto, que ideó, principalmente, junto a Roberto Cossa, Carlos Somigliana y Carlos Gorostiza, y que fue la resistencia cultural más importante al Proceso Militar que nos asoló desde el '73 al '83 y la Escuela Internacional de Teatro de La Habana, Cuba.

Pero no fueron los únicos. Esa fue su actitud de toda la vida: soñar un mundo mejor y ser el motor de ilusiones, a veces aparentemente extravagantes, que terminaban, contrariando expectativas más racionales, materializándose. Dijo alguna vez: “el escenario vacío es el lugar más libre del mundo”. Y también: “creo que mis obras han enfocado un solo tema: la enajenación del hombre.” Diría que esas dos frases sintetizan su mayor preocupación: la libertad, tanto para él como para todos aquellos que sufren la marginación. Y esa fue su búsqueda. En el teatro y por Latinoamérica, donde deben ser más los lugares donde se montaron *Historias... o Los de la mesa diez* (una de las historias que también fue llevada al cine), que aquéllos donde no se vieron. Y no sólo Latinoamérica reconoció sus obras. También fueron puestas, entre otros países, en Estados Unidos, España, Francia, Suecia, Rusia y Bulgaria. En sus últimos años dirigió el Teatro Nacional Cervantes, al que le dio una política claramente definida, coherente con su ideología y su vida. Dedicó la programación del mismo, prioritariamente, al teatro argentino y latinoamericano.

Tuve el orgullo y la suerte de vivir, junto a Chacho, diferentes experiencias. Además de la cercanía natural de formar parte del movimiento teatral y de participar junto a él en Teatro Abierto 1983, compartimos la dirección de un taller de Dramaturgia que impulsó Teatro Abierto para los autores jóvenes durante el año 1984, del que surgieron las piezas que formaron parte del ciclo '85. Aprendí de él, más que de su capacidad por transmitir el oficio, de su generosidad. Su preocupación por dar, a los asistentes al taller, todo lo que creía que pudiese estimularlos a escribir más y mejor.

Ambos obtuvimos el Premio Casa de las Américas y hemos compartido, también, el trabajo en la Fundación “SOMI” (por Carlos Somigliana), en la dirección artística del Teatro del Pueblo. Y nos une, además, como a varios autores de su generación y la mía, habernos acercado más al teatro a través de la lectura de los dramaturgos norteamericanos. Cuenta en una entrevista editada por Girol Books que lo primero que llegó a sus manos, de teatro, fue una publicación de los nueve dramas de Eugene O'Neill

y que cuando leyó a ese “monstruo,” se dijo: “Si esto es el teatro, O’Neill es Dios. No hay más nada que saber. Porque aunque yo no hubiese leído nunca un libro de historia de los Estados Unidos, podría contarla a través de Eugenio O’Neill.” Todo esto me hace sentir cerca de uno de los mayores soñadores del teatro argentino que nos enseñó, a través de sus acciones, que las utopías no siempre están peleadas con la realidad.

Y, en un momento en que el pragmatismo nos quiere hacer creer que “la única verdad es la realidad,” necesitamos más que nunca, para resistirnos a las ideologías que proponen, paradójicamente, el fin de las ideologías, modelos de hombres como Osvaldo Dragún.

Buenos Aires